

LA CAMPAÑA ELECTORAL POR LA JEFATURA DE GOBIERNO DE BUENOS AIRES: ESTRATEGIAS POLÍTICAS E INTELIGIBILIDAD DE LA AGENDA

Por: Sebastián Gabriel Mauro¹

Abstract

El trabajo analiza la construcción de la agenda política en la campaña electoral por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2003, interpretándola en términos de articulación hegemónica. Por un lado, se intenta describir y comparar las estrategias discursivas de los distintos actores de la oferta política, sobre las cuales se construye una determinada agenda. Como hipótesis provisional, se afirma que dichas estrategias se articulan en torno de la figura del *corrupto* como dispositivo de identificación negativa, en una pugna cuya resolución depende del comportamiento del electorado en los comicios. Por otro lado, se analiza dicho comportamiento electoral, bajo el supuesto de que se configura en respuesta a esta competencia de discursos, en un marco de fluctuación del voto, debilitamiento de las lealtades partidarias y expansión del electorado independiente.

Palabras clave: Campaña, Agenda, Significante vacío, Corrupto, Estrategias.

This paper analyses the construction of the political agenda in the election campaign for the Government of Buenos Aires City in 2003, interpreting this in terms of hegemonical articulation. First, it tries to describe and compare the different thoughtful candidates strategies which set a particular agenda. As a provisional hypothesis it is affirmed that this discursive strategies are constructed around the image of the *corrupt* like a negative identification's device, in a struggle which resolution depends on the citizenship's behaviour in the elections. On the other hand, this behaviour is analysed by assuming that it takes its form as an answers to this discursive struggle, within a framework characterized by the fluctuation of the vote, the weakening of the supporters' fidelity and the growth of an independent electorate.

Key words: Campaign, Agenda, Empty significant, Corrupt, Strategies.

¹ Licenciado en Ciencia Política (UBA). Becario estímulo del equipo "Las Nuevas Formas Políticas", Director: Isidoro Cheresky.

Introducción

El presente trabajo se propone analizar los principales lineamientos de la campaña 2003 para Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. En este sentido, se intentarán describir ciertos aspectos de la dinámica política porteña que sirven a una interpretación general del fenómeno, con especial atención en la constitución de la oferta electoral y en la respuesta del electorado en los comicios. Dentro de este desarrollo descriptivo, se procederá al análisis de los discursos de campaña de los cuatro principales candidatos, con el objeto de identificar las estrategias discursivas sobre las cuales cada uno construyó su imagen e interpeló al electorado.

Dicho análisis implica entender el fenómeno de las campañas electorales desde una perspectiva teórica particular: interpretándola como articulación hegemónica. De esta manera, la campaña electoral es entendida como la competencia entre los distintos candidatos por imponer una determinada visión del contexto sociopolítico que enmarca a la elección, con el objetivo de activar el clivaje más conveniente para posicionarse de la mejor manera en los comicios. Esta lucha se desarrolla en el escenario discursivo alrededor de ciertas nociones clave para la comprensión de las fuerzas en juego en la elección, nociones que denominamos, siguiendo a Laclau, *significantes vacíos*.

Desde esta perspectiva, se niega que lo social sea una realidad en sí misma inteligible, que precede a la representación política y ante la cual ésta aparecería como un mero reflejo. Al contrario, lo social se presenta como un espacio opaco definido por una falla constitutiva, que debe ser salvada en la representación política, en intentos parciales de suturar ese espacio abierto. Dicha función de sutura parcial que se cumple en la representación posee un carácter formal que no determina ningún contenido sustantivo (Laclau, 1996).

Por lo tanto, la competencia política se estructura como la lucha hermenéutica por llenar de sentido (abrochar un significado literal) esta función formal de completamiento, ejerciendo al mismo tiempo una *intervención hegemónica*, una articulación dentro de un campo caracterizado por la sobre-determinación de algunos de sus elementos y por el antagonismo con otras posiciones de sujeto. La articulación de un discurso de campaña, entonces, posee una estrecha relación con el desarrollo de una lógica equivalencial, es decir, de un intento de construcción metafórica de una nueva identidad, actuando sobre el campo indecible de la lógica diferencial preexistente (sobre los clivajes que dividen el campo social, según Lefort).

Introduciendo el planteo lefortiano, seguimos el argumento de que en el contexto de una democracia de lo público (Manin, 1993), la campaña electoral

adquiere una centralidad *sui generis*, debido a que no hay ningún clivaje preexistente que se manifieste como principio de división política autoevidente (en términos de Laclau diríamos que en el campo discursivo no hay ninguna diferencia privilegiada). Esta verdadera metamorfosis del sistema representativo, que se caracteriza por una multidimensionalidad de esferas y temáticas y por la fragmentación y fluctuación de las identidades, pone en primer plano, junto con el carácter “instituyente” de las campañas, la cuestión de la elaboración de una agenda política en el espacio público.

Sobre estos argumentos, podemos pensar la construcción de la agenda como campo de antagonismos políticos y objeto de articulación hegemónica. Los temas de la agenda no serían *momentos* de una identidad política cerrada, sino que serían *elementos* de un campo indecible a ser articulados. La agenda política se presenta así como un conjunto de significantes sobredeterminados y polisémicos que deben ser objeto de un intento contingente de fijación, de literalización, para mantener la imagen de unidad de lo social. Los actores políticos presentarían al electorado una interpretación simplificadora de lo social que, sin embargo, es vital precisamente para poder aprehender (y hacer) lo social, al construir una estructura común de sentido que permite la acción intersubjetiva y evita la dispersión de significados.

En este antagonismo se produce, reproduce y transforma la identidad de los actores. Ésta, al igual que todas las identidades, se construye en forma relacional a partir de un exterior constitutivo que es aprehendido como pura negatividad, como pura amenaza a la subsistencia y realización plena del “nosotros” (Laclau, 1990). En el mismo movimiento por el cual la amenaza se dirige a alguien y cuestiona su realización, y en tanto el amenazado reacciona a ella y la enfrenta, se instaura un antagonismo en los marcos del cual el destinatario de la amenaza “juega” su identidad.

La Argentina y los significantes vacíos

Para situar la campaña 2003 por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, es necesaria una breve caracterización del contexto político argentino desde, por lo menos, la experiencia de los años noventa.

En primer lugar, es necesario señalar que en la dinámica política argentina se han sumado numerosas transformaciones en sintonía con los cambios políticos en el resto de las democracias latinoamericanas y en las democracias más antiguas e institucionalizadas. Entre estos cambios se destacan la fluctua-

ción del comportamiento electoral y la fluidez de la construcción de la oferta política, ambos fenómenos producto del deterioro de las lealtades partidarias basadas en un elemento identitario fuerte y construido sobre clivajes sociales relativamente estables (Novaro, 2000). Estas transformaciones permiten caracterizar al sistema político argentino, siguiendo a Manin, como una *democracia de lo público*.

Los dos gobiernos de Carlos Menem se destacaron por los profundos cambios económicos y sociales. En su primera etapa, la política menemista logró la estabilidad monetaria y cierto crecimiento económico, dentro de un modelo de exclusión social y con una integración dependiente en el sistema internacional que finalmente condujo al estancamiento y la recesión. Ya no existía una amenaza autoritaria a la democracia, pero las prácticas institucionales eran deficientes, marcadas por el decisionismo presidencial y por una degradada división de poderes (Cheresky, 2003).

Luego de la reelección de Menem, un amplio nivel de descontento social incentivó el reagrupamiento de sectores de oposición, lo que llevó a la conformación de la Alianza UCR-Frepaso. Dicha coalición mostraba una importante eficacia política en las elecciones legislativas de 1997, pero ya en este momento se hacían evidentes ciertas diferencias internas en las expectativas de los electores. Por una parte, el voto de cierta porción del electorado hacia la Alianza implicaba un rechazo hacia el modelo neoliberal impulsado desde el gobierno, mientras que para otro conjunto de electores la Alianza significaba la oposición a un estilo de gobierno marcado por la trasgresión a las normas institucionales.

Sobre este carácter polisémico del discurso aliancista, podría afirmarse hipotéticamente que la imagen de la coalición se basaba en una articulación hegemónica a partir de la noción de *corrupción* (identificada con el carácter decisionista del menemismo), colocando en una cadena de equivalencias a los distintos elementos dispersos en las expectativas del electorado a partir de la identificación de todos ellos con la *anticorrupción* y con el *antimenemismo*.

De esta forma, cobra importancia aquel discurso dentro del cual el *corrupto* amenaza la realización plena de la democracia (ya que se amenaza el imperio de la ley) tanto como la realización personal de los ciudadanos honestos, los verdaderos exponentes de la Argentina decente y trabajadora. Los altos índices de desocupación, pobreza y marginalidad, unidos a la recesión iniciada en los últimos años de gobierno de Menem, hicieron factible esta interpretación de la realidad, según la cual bastaba con erradicar la corrupción (considerada un atributo moral de ciertos funcionarios) para que los argentinos pudieran realizarse, y la desocupación, la pobreza y la marginalidad desaparecer.

Se hacía verosímil hasta la propia continuidad de la versión periférica del modelo neoliberal (De la Rúa declaró hasta el hartazgo en su gobierno: “un dólar, un peso”) con el objetivo de equidad social, que llegaría automáticamente una vez que se hicieran más transparentes las decisiones del gobierno (es decir, una vez que Menem abandonara la Casa Rosada). Este discurso permitió a la Alianza activar el clivaje más conveniente en términos electorales, mostrándose muy efectivo en las elecciones presidenciales. Dicha hipótesis explicaría la derrota electoral de Eduardo Duhalde, quien centró gran parte de su campaña en la crítica al modelo económico y de sus consecuencias nefastas para la sociedad. Esta estrategia discursiva no tuvo predicamento en los sectores proclives a un cambio de modelo por el hecho de que Duhalde apareció como la continuidad, no ya de la convertibilidad (que sí lo era De la Rúa en un sentido explícito) sino de las prácticas decisionistas y corporativas del menemismo, es decir, como una continuidad de *la corrupción*.

Una vez instalada la Alianza en el poder, la promesa de cambio en el estilo político se vio frustrada. El decisionismo fue retomado, y revelaba más la arbitrariedad y el deseo de evitar una argumentación pública en contextos deliberativos que la energía ejecutiva eficiente (Cheresky, 2003). En este período se registró un clima general de rechazo hacia los líderes políticos, que se basaba en las reiteradas denuncias de corrupción y en la desconfianza ante los procedimientos de cooperación política, lo que derivó en la creencia de que existe una *clase política*. En este sentido, se excluía a los políticos de la identidad representada en los intereses de *la gente*, y la línea divisoria entre *nosotros* y *los otros* está puesta otra vez en la noción de *corrupción*. Pero ahora no eran sólo los menemistas aquellos identificados con la corrupción, sino toda la “clase política”, incluyendo a la propia Alianza en el gobierno.

La crisis de legitimidad y posterior caída del gobierno aliancista hicieron visibles las contradicciones y grietas del discurso “anticorrupción”, especialmente en lo que hace a la consideración de la corrupción como atributo personal de determinados actores sociales y políticos, sin ningún tipo de conexión con condicionamientos estructurales de un determinado modelo socioeconómico. Diciembre de 2001 abrió la posibilidad de discutir estos condicionamientos al presentarse la contingencia de ciertos axiomas del discurso predominante en los años noventa. Dicha ampliación de la agenda temática permitió la articulación de otro significativo vacío. La idea del *pasado* aparece así como el exterior constitutivo de una nueva etapa que se inaugura posteriormente a la caída de Fernando De la Rúa y a la transición encabezada por Eduardo Duhalde, con el triunfo de Néstor Kirchner en las elecciones presidenciales de 2003.

Este significativo se presenta como un quiebre con las estrategias discursivas de la década del noventa, y en gran medida lo es, ya que nace de la ampliación de la agenda, producto de la protesta masiva que obligó a la Alianza a retirarse. Pero también recupera gran parte del discurso de los años noventa, especialmente a partir de la rearticulación de la noción de *corrupción*, rescatando tanto el discurso antimnemista como el discurso antirrepresentativo de rechazo a la “clase política”. Este elemento de continuidad es central, y sobre él se establecerá el foco para el análisis de la campaña por la Jefatura de Gobierno.

La Ciudad de Buenos Aires y su agenda política

La dinámica política de la Ciudad de Buenos Aires, a diferencia del resto de los distritos del país, constituye un escenario privilegiado de la política nacional, caracterizada por una yuxtaposición de actores y temas que impide distinguir límites precisos entre el espacio porteño y el espacio nacional, y condiciona la constitución de actores políticos relevantes y la conformación de una agenda política autónoma.

El subsistema porteño, al mismo tiempo, es el que mayores transformaciones ha sufrido en lo que hace a la representación política, cuyo modelo coincide de manera más clara con la descripción de democracia de lo público que en cualquier otro distrito del país. La ciudad ha experimentado un proceso de desagregación partidaria y de conformación fluctuante y descentrada de la oferta política, organizada alrededor de personalidades que ostentan altos índices de popularidad pero con una escasa o nula trayectoria partidaria. Por otra parte, a lo largo de la década de 1990 fue el lugar donde se expresó con mayor fuerza la desafección partidaria de la ciudadanía y la expansión de un electorado independiente.

Desde la declaración de la autonomía porteña, en 1996, la ciudad fue el espacio de aparición de terceras fuerzas políticas (Frepaso, Nueva Dirigencia, ARI, Autodeterminación y Libertad e, incluso, Recrear), lo que obligó a los partidos tradicionales a tejer estrategias coalicionales según cada elección. También el distrito tuvo una influencia decisiva en el triunfo de la Alianza a nivel nacional. Ya en este momento se hizo un uso estratégico del calendario electoral, desdoblando las elecciones locales de las nacionales, cosa que era de utilidad tanto para el oficialismo como para la oposición, por diferentes cuestiones.

En forma concurrente con estas transformaciones en el modelo representativo que señalábamos, el distrito se ha convertido también en la caja de

resonancia de la crisis de representación (Novaro y Palermo, 1998). Para las elecciones legislativas de 2001, nos encontramos con un escenario electoral fragmentado, producto del fracaso estrepitoso del gobierno delarruista y de la incapacidad de la oposición para capitalizar el descontento.

Los comicios presentaron un resultado que expresaba un rechazo ciudadano inédito a la oferta política, verificado en un altísimo porcentaje de impugnación y voto en blanco o nulo (Cherny y Natanson, 2004). El hecho de que la Alianza lograra imponerse por un margen relativo de votos (mucho menor al caudal electoral que ostentara en 1999) se debe a una efectiva diferenciación de los candidatos porteños respecto del gobierno nacional; diferenciación que no pudo lograr el PJ y que sí capitalizaron dos partidos nuevos: el ARI (un desprendimiento de la Alianza, liderado por la radical Elisa Carrió) y AyL (un partido organizado en torno de la figura de Luis Zamora, dirigente de izquierda que retornaba a la actividad política).

De más está repetir lo que sucedió pocos meses después. Los sucesos que sellaron la suerte de la Alianza tuvieron su epicentro en la Ciudad de Buenos Aires, en las puertas mismas de la sede del Gobierno, y fueron retransmitidos a todo el país (donde también se generaron movimientos similares) por los medios de comunicación con sede en la ciudad (especialmente, los medios televisivos).

El comportamiento electoral en las elecciones presidenciales de 2003 merece retener nuestra atención. En primer lugar, la ciudad fue el único distrito en el que se impuso Recrear, un partido organizado en torno de la figura del ex ministro aliancista Ricardo López Murphy, devenido en una personalidad popular al convertirse en uno de los principales críticos de la gestión de Eduardo Duhalde. Otra performance destacable, superior a la de 2001, es la del ARI, que obtuvo la segunda concentración, ligeramente superior a la del Frente Para la Victoria, que llevaba a Néstor Kirchner como candidato. Tanto Carrió como López Murphy obtuvieron resultados superiores a su performance nacional. Por el contrario, los tres candidatos de origen peronista (Kirchner, Rodríguez Saa y Menem) obtuvieron performances por debajo del promedio. El caso de Menem es, probablemente, el más destacable.

Por otra parte, el “voto bronca” sufrió una notable caída respecto de 2001, probablemente por el tipo de elección (los cargos ejecutivos siempre despiertan mayores adhesiones o rechazos que los cargos legislativos). Frente a un 29% de votos en blanco o nulos en las legislativas de 2001, en las presidenciales de 2003 la cifra descendió hasta un marginal 2%. En cuanto a las abstenciones, también se redujo el número, pero en una proporción mucho menor (73,2% del padrón porteño se presentó a las elecciones en 2001, mientras que un

77,22% lo hizo en 2003), alcanzando de esta forma la menor participación en una elección presidencial en el distrito.

La campaña 2003: conformación de los principales actores

El primer dato que debemos señalar respecto de la configuración de la oferta electoral en las elecciones locales de 2003 consiste en la marginalidad (cuando no ausencia) de los partidos políticos nacionales reconocidos. Esta situación es explicable por la mencionada yuxtaposición entre el espacio público nacional y porteño, ya que debemos recordar que las propias fuerzas que se presentaron en la arena nacional en abril tampoco eran las tradicionales (tres candidatos peronistas que no podían presentarse dentro del PJ, dos candidatos de origen radical con partidos nuevos).

En consonancia con la lógica nacional, en la Ciudad de Buenos Aires las instituciones partidarias habían alcanzado su mayor punto de debilitamiento (una ojeada rápida nos muestra a un radicalismo marginal, un PJ dividido y a los “terceros partidos”, como Acción por la República o el Frepaso, directamente inexistentes). Ni siquiera las nuevas fuerzas políticas que se presentaron en abril lograron mantener su lugar en las boletas para agosto. Esta cuestión se debe, en parte, a que dichas fuerzas se estructuraban alrededor de una única figura popular que, gracias al manejo del calendario electoral, no podía presentarse al mismo tiempo en la Nación y en la Ciudad. En este sentido, el manejo estratégico que hizo Ibarra del calendario (acercando primero las elecciones locales a las nacionales para impedir las candidaturas porteñas de figuras que competían por la Presidencia, y posteriormente prorrogando esta fecha, para distanciar las opciones porteñas de las opciones nacionales) tuvo éxito en restringir el número de candidatos, configurando un espacio y un tiempo para la conformación de la oferta electoral limitado a los tres meses posteriores a la elección presidencial.

En este contexto, la campaña por el Gobierno de la ciudad estuvo marcada por un fuerte personalismo, mucho más decisivo que en cualquier otro momento del distrito. Aquellas personalidades que detentaban altos índices de popularidad en los sondeos de opinión preelectorales tuvieron un amplio margen de maniobra para construir coaliciones y lograron armar partidos a su medida.

Dichos líderes no tuvieron ninguna dificultad en conseguir apoyo de referentes nacionales, que no tenían partidos estructurados que compitieran en el escenario porteño y buscaban ensanchar su base en el Parlamento nacio-

nal y un anclaje en la Legislatura local (es el caso de Kirchner y Carrió con Ibarra, Duhalde con Macri y López Murphy con Bullrich), e incluso de los fragmentos que sobrevivían a la desventura de sus partidos. En este último caso, dichos fragmentos podían negociar la nominación de sus principales dirigentes o punteros políticos en las listas legislativas a cambio de sus recursos organizacionales. Los más efectivos en conseguir estos apoyos fueron quienes mayores chances tenían de acceder al gobierno.

En el caso de Fuerza Porteña, las nominaciones se distribuyeron según un sistema de loteo entre partidos políticos (Frente Grande, ARI y Socialismo), fragmentos partidarios del PJ (liderados por Juliana Marino) y de la UCR (liderados por Gabriela González Gass) y movimientos sociales (el sector de la CTA representado por Claudio Lozano). Al mismo tiempo, Ibarra aceptó agregar las listas del PRD (un sector ligado al presidente Kirchner, liderado por el periodista Miguel Bonasso) y del Partido de la Ciudad (constituido por ex integrantes del Frepaso y la UCR).

Compromiso para el Cambio se componía básicamente de la estructura del PJ Capital, a la que se agregaban dirigentes de diversas trayectorias partidarias, que Mauricio Macri ubicó estratégicamente en las listas para mostrar la pluralidad de su fuerza y sumar más adhesiones. Además, se incorporaron las listas del Frente de la Esperanza (que aglutinaba a sectores disidentes del PJ Capital), del Movimiento Generacional (un grupo de pertenencia difusa, que tiempo atrás apoyaba a Aníbal Ibarra) y de la Alianza de Centro (integrada por ex ucedeístas).

Dado este marco de fragmentación, transversalidad y personalismo a la hora de constituir las opciones electorales, la imagen de los candidatos fue el recurso capital sobre el que se edificó toda la campaña. Y el eje de diferenciación que eligieron los candidatos tuvo como componente fundamental a la *corrupción*.

Nuevo Ibarra: el menemismo, lo privado y lo corrupto

Ibarra ofrece al electorado una caracterización del contexto de la elección que puede resumirse de la siguiente manera: el triunfo de Néstor Kirchner sobre Carlos Menem en las presidenciales es el signo de una nueva etapa en la política argentina. En esta nueva etapa, los usos de la “vieja política” corrupta de los años noventa serán eliminados en todos aquellos ámbitos en los que todavía tienen influencia.

Ahora bien, estos personajes del pasado, que son los que llevaron al país a su peor crisis económica, política y social, se resisten a desaparecer, y están constantemente al acecho tratando de volver a los cargos más altos del gobierno. De esta forma, representan una amenaza en sentido doble. Por un lado, son los culpables de la crisis y de la degradación de la Argentina, y de la miseria, el hambre y las angustias de los argentinos. Por otro lado, son una amenaza presente al pretender regresar al poder y cortar con el proceso de recuperación económica y moral del país. En este sentido, esta nueva etapa se ve amenazada por el pasado que está constantemente “golpeando a la puerta”, y depende de la sociedad cerrarle definitivamente el acceso al poder y así asegurarle el camino a los nuevos líderes, dotados del valor y la capacidad para encarar los cambios necesarios, sin entrar en negociaciones ni convivencia con el pasado y, de este modo, sacar a la Argentina de la crisis.

“Quiero que la ciudad tenga la sintonía con la esperanza que se despertó en el país, porque en la última elección nacional enterramos al pasado, no dejemos que ahora vuelva. Sigamos soñando. El 14 de septiembre votemos con la memoria, pero también con la esperanza” (Aníbal Ibarra, 04/09/03).

Estas fuerzas “del pasado” corrupto de la política son precisamente las culpables de la crisis que atraviesa el país, ya que gestionaron los bienes públicos de los argentinos pensando en sus intereses privados. En este sentido, Ibarra es uno de los dirigentes que tuvo que asumir la gestión de lo público en el momento de la debacle, mientras que Macri no es otra cosa que uno de los responsables de esa crisis.

“Macri habla como si hubiera nacido de un repollo, y él es el responsable del empobrecimiento de la ciudad (...) y esto ahora lo tenemos que resolver nosotros” (Aníbal Ibarra, 13/08/03).

Macri es ese pasado corrupto que amenaza la nueva etapa que se está inaugurando a nivel nacional y que va a sacar al país de la crisis. Ahora bien, Macri nunca ejerció ningún cargo público, de modo que la figura de *corrupto* no se presenta como evidente, aunque sí puede ser más identificable la idea de *pasado*. Pero si hay alguna razón por la cual ese pasado es indeseable, es precisamente porque la corrupción era la práctica característica de la política de la década del noventa. Si Macri representa al pasado es porque estuvo ligado a la política corrupta del menemismo.

“¿Cuál es el verdadero Macri? (...) ¿El que está comprometido con la Ciudad de Buenos Aires o el que mudó su domicilio a Misiones para votar por un gobierno menemista?” (Aníbal Ibarra, 04/09/03). “Macri

es menemista, hizo negocios con la dictadura y fue beneficiado con fallos de la Corte” (Anibal Ibarra, 13/08/03).

Ahora bien, el punto no pasa solamente por haber estado ligado al menemismo. Si hay algo que liga a Macri con la “vieja política” corrupta de los años noventa es haberse beneficiado con ella. Si la corrupción pasa por la gestión de lo público en beneficio privado, Macri es uno de esos intereses privados beneficiados por cierta gestión de lo público. Siguiendo este argumento, no es necesario ser un funcionario público “coimero” para ser identificado con la corrupción, ni hace falta desempeñar un cargo público para ser identificado con el pasado (según esta visión, el “todos” del “que se vayan todos” apuntaría a un colectivo mayor que el de “la clase política”). De esta manera, la figura del *corrupto* es identificada con la persecución de intereses privados en la gestión de lo público, intereses particulares tanto de actores políticos (funcionarios *corruptos*), como de actores sociales (empresarios *corruptos*).

“Quiero felicitar a los empresarios, a los verdaderos empresarios, a los que invierten, no a los que viven del Estado” (Anibal Ibarra, 04/08/03).

Si los empresarios verdaderos son los que invierten, y los que viven del Estado son falsos empresarios, que cumplen mal su función social y se benefician a expensas del bien común, éstos no son otra cosa que empresarios *corruptos*. Dicha estrategia se hace también evidente en el último debate televisivo antes de la segunda vuelta, en el que Ibarra le pregunta a Macri sobre su relación con el grupo SOCMA, así como también las declaraciones públicas de proteger la educación, la salud y hasta la banca pública. En definitiva, Macri es un *corrupto*, que se benefició con las políticas del pasado menemista como empresario y que ahora quiere beneficiarse de los bienes públicos como Jefe de Gobierno. En este sentido, se sostiene que el interés de Macri es “privatizar” (hacer de él) los bienes que son de todos (nosotros)².

Cabe destacar la carga de neutralidad que Ibarra le asigna a lo público. De esta manera, su lugar de defensor del bien común frente a la perspectiva “privatista” de Macri lo coloca en un lugar ciertamente apolítico, de defensor de los intereses de todos (nosotros) frente a los intereses de algunos (otros). En última instancia, el *arco progresista* liderado por el presidente Kirchner implica a una pluralidad de actores que, más allá de sus diferencias ideológicas o programáticas, asumen el compromiso de gobernar al país velando por el interés de los argentinos y no por intereses particulares.

² “Que no nos privaticen la alegría ni nos cobren peaje al corazón.” (Juan Acosta, en un acto realizado en el Luna Park, el 18/08/03).

Pasión por hacer: decepción aliancista, ineptitud y estafa

¿Cuál es la situación que atraviesa la Ciudad de Buenos Aires según Macri? La ciudad (y el país, pero en un segundo plano) atraviesa su peor crisis por falta de gestión, por incapacidad de políticos irresponsables que han estafado al electorado con grandes discursos y poco trabajo. La única salida de la crisis a la que nos ha llevado la “clase política” y que amenaza la realización de los argentinos pasa por el trabajo serio, austero, sin politiquería barata y con conocimiento y capacidad de decisión.

“Yo no entro en soluciones fáciles ni demagógicas porque son una estafa (...).7 de 10 vecinos le dijeron no a Ibarra porque vieron que la ciudad está abandonada: hay bolsones de pobreza, veredas rotas, con los árboles enfermos y sin podar, las colas en los hospitales, miedo en las calles” (Mauricio Macri, 04/09/03).

En este sentido, la identidad entre las nociones de *político* y *estafador* es destacable. Si los políticos han estafado al electorado no puede defenderse su honestidad. Por otra parte, el origen extrapartidario de Macri lo deja fuera de tal identificación con “la clase política” tan vituperada desde la consigna de “que se vayan todos”. Pero podría argumentarse que la definición del político como estafador no es lo suficientemente fuerte como para argumentar que el eje de diferenciación que pretende establecer Macri pase por *la corrupción*. Pero en este punto cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿qué es lo que persigue un político cuando promete irresponsablemente en una campaña? Se responderá que busca acceder al cargo para el que se postula, pero ¿para qué busca acceder a un cargo si no está dispuesto a realizar los cambios *necesarios*? En este punto nos encontramos con lo sustancial de la estafa de los políticos: el interés por acceder al cargo no puede pasar por otro lado que por el objetivo de enriquecerse con ese cargo.

“Para mí la política no es algo para conseguir un cargo o ganar plata, no es una carrera a la fama o al poder, es el instrumento para poder servir. No soy un hombre grandilocuente y de grandes discursos, prefiero los hechos concretos a las promesas” (Mauricio Macri, 13/08/03).

Nótese cómo el presidente de Boca Jrs. une “los grandes discursos” con el interés por conseguir un cargo y ganar plata. En este aspecto se hace evidente de qué manera se considera a la retórica como un engaño y, por lo tanto, a la política de los políticos como una estafa, como una práctica de la “clase política” para mantenerse parasitariamente en el poder.

“Nosotros estamos apostando a un 15% de rebaja en ABL y Patentes (...) la plata la vamos a sacar de toda la plata que se va en 70 millones que se lleva AUSA en asfalto electoral y contratos políticos, 15 millones de drástica reducción en publicidad que (Ibarra) usa para presionar medios y periodistas, 2 millones por año que cuesta la Corporación del Sur donde el Señor (Ibarra) tomó a todos los amigos de él...” (Mauricio Macri, 04/09/03).

Las críticas de Macri a la gestión de Ibarra, especialmente en lo referente al gasto público, resultan sumamente interesantes para analizar. En primer lugar, mucha de la plata que se va en la “rosca política” tiene que ver con el control estatal de empresas públicas. En este sentido, el ya remanido argumento privatista sigue teniendo predicamento en la afirmación de que la gestión estatal de empresas públicas es irracional porque no se maneja con criterios técnicos sino con criterios políticos. Lo interesante en este punto es que criterio político significa “asfalto electoral”, contratos oscuros y cargos para los amigos. Por otra parte, Macri hace suya la visión de la Alianza según la cual todos los problemas pasaban por el déficit, los problemas de déficit pasaban por la corrupción y la corrupción pasaba por algún tipo de disposición moral de los funcionarios, pero nunca por algún aspecto estructural del sistema político, social o económico³.

Si la corrupción de la “clase política” pasa por prometer para hacerse con el cargo y luego no cumplir, el problema entonces está relacionado con la gestión seria, eficiente y transparente de la cosa pública. A partir de esta visión, el debate político debe pasar por la discusión de propuestas concretas de políticas públicas y el consenso al que se debería llegar tendría su base en la factibilidad de los argumentos propuestos.

En este sentido, hay un fuerte carácter técnico y apolítico en el discurso de Macri, ya que toda discusión de diferentes visiones políticas entraría dentro de la lucha por el poder, centrada en intereses particulares y no en solucionar los “problemas de la gente”⁴. Este argumento (también transversalista), de larga data dentro de cierto espacio político de centro derecha, le ha sido útil a Macri al mismo tiempo para introducir una concepción localista de las fuerzas en juego en la elección y así intentar neutralizar el apoyo que Kirchner le brindó a Ibarra en la campaña. Si la solución a la crisis pasa por una buena gestión

³ “Los recursos para asistencia social están, pero se pierden en la rosca política, en el puntero que distribuye el 80% de las cosas.” (Mauricio Macri, 04/09/03).

⁴ “Hemos construido una fuerza plural (...). Yo no puedo creer que las diferencias ideológicas se puedan oponer a trabajar juntos.” (Mauricio Macri, 04/09/03).

concentrada en los problemas de la gente, de nada sirve cerrarse en las inútiles discusiones partidistas de los partidos políticos nacionales mientras “los vecinos de la ciudad” siguen con los mismos problemas de siempre. De esta forma, también intenta evitar la nacionalización de la elección que, necesariamente, ligaría a Macri con Menem.

“Dicen que estoy en política para hacer negocios; mi hija Jimena dice que estoy loco, pero a mí Boca me cambió la cabeza y me hizo dar cuenta de que quiero cambiar las cosas.” (Mauricio Macri, 13/08/03).

El presidente de Boca Jrs. opone una concepción de la política “para hacer negocios” a una visión de la política para “cambiar las cosas”. Y este es, precisamente, el sentido del nombre que le da a su fuerza política. Compromiso para el Cambio no es otra cosa que el acto de comprometerse de un individuo apolítico para cambiar las cosas, para cambiar esa “vieja política” corrupta que llevó al país a la crisis y la debacle, para cambiar la política *de los políticos* (la política de estafas, mentiras y engaños) por la política *de la gente* (la del millonario empresario xeneise).

A diestra y siniestra: interior y exterior de los discursos principales

La estrategia empleada por Bullrich y Zamora para evitar una polarización de la elección que les reste caudal electoral (y escaños en el Parlamento y la Legislatura) consiste en identificar las figuras de Macri e Ibarra, tratando de presentar la alternativa de los dos primeros candidatos en las encuestas como una falsa dicotomía, a partir de la cual los dos encarnan formas de la “vieja política” corrupta de los años noventa.

Bullrich encara esta operación desde el “interior” del discurso de ambos candidatos. En este sentido, recupera elementos del discurso de Macri y del discurso de Ibarra.

“Macri dice que Ibarra es un inútil e Ibarra dice que Macri es un corrupto. ¿Saben qué? Los dos tienen razón” (Patricia Bullrich, 13/08/03).

Esta estrategia discursiva es comprensible a la luz de la trayectoria política reciente de la líder de Unión por Todos. Por una parte, la candidata formó parte del gobierno aliancista, coalición por la cual Ibarra accedió a la Jefatura de Gobierno; y en este sentido se ve obligada a justificar su intervención política como ministra de Trabajo, recuperando algunos elementos discursivos defendidos por la Alianza (en particular el *antimenemismo*) para posicionarse

en cierto espacio bienintencionado de la coalición y al mismo tiempo crítico de los errores del gobierno de Fernando De la Rúa. Por otra parte, Bullrich llega a la candidatura a Jefa de Gobierno apoyada por una coalición de centro derecha y muy ligada a la figura de López Murphy. De esta manera, la posición del electorado que busca captar es la misma a la que pretende acercarse Macri.

Ahora bien, precisamente porque existen ciertos argumentos que la acercan tanto a Macri como a Ibarra, se le impone la necesidad de diferenciarse tanto de uno como de otro. En este sentido, el camino elegido hábilmente es el de recuperar las mismas críticas que Ibarra le hace a Macri y las que Macri le hace a Ibarra.

Pero dicha estrategia implica, al mismo tiempo, una asimetría en las energías puestas en la diferenciación. Para Bullrich, la falsa dicotomía entre Ibarra y Macri equivale a afirmar que Macri no es una verdadera alternativa frente a la amenaza que constituye Ibarra. Así, el paradedinatario del discurso de Bullrich no es otro que el potencial electorado de Macri, es decir, el electorado dispuesto a votar por una opción de centro derecha que Macri pretende hegemonizar. ¿Cómo intenta Bullrich demostrar que Macri no es la verdadera opción? Simplemente mostrándolo como ligado a la corrupción de la política de la década del noventa, es decir, como menemista⁵.

La opción “de coraje” que pretendió mostrar Bullrich no era otra cosa que la imagen de un liderazgo fuerte y eficiente, con voluntad y capacidad de enfrentarse a los intereses de la “vieja política” corrupta de los años noventa que Macri representa y contra los que Ibarra no supo y no quiso luchar⁶. ¿Cuál es, entonces, la lectura que Bullrich hace de la situación? En la década del noventa gobernó *la corrupción* (es decir, el *menemismo*). La Alianza tenía la intención de combatir este manejo corrupto de la política, pero la falta de capacidad y de coraje hizo que se conviviera con estos intereses en el propio gobierno y llevó al fracaso de la gestión de Fernando De la Rúa. Ibarra no es otra cosa que el reflejo porteño de esta falta de capacidad y de coraje, que a la larga es tan corrupto como aquello que teme enfrentar. Macri, que se presenta como opción a la ineptitud del Jefe de Gobierno en ejercicio, no es otra cosa que el menemismo encarnado. De este modo, la corrupción es, en su sentido

⁵ “Él (Macri) negoció con los aparatos del PJ que con Grosso se robaron la ciudad.” (Patricia Bullrich, 08/08/03). “No es Compromiso para el Cambio, es Compromiso para el Curro.” (Patricia Bullrich, 13/08/03).

⁶ “Necesitamos una ciudad (...) que se enfrente a los intereses que nos han hundido. Estos intereses están adentro del gobierno. Patricia Bullrich tiene el coraje para enfrentarse a esos intereses.” (Patricia Bullrich, 08/08/03).

más profundo, el propio menemismo, y se extiende como un virus hacia todos aquellos que, por temor o incapacidad, no se atreven a combatirlo.

Zamora, en cambio, lleva adelante la estrategia de identificación entre Macri e Ibarra desde “afuera”, en el sentido de que su definición de la situación es muy diferente de la del resto. El candidato de AyL se posiciona en un universo discursivo donde son centrales nociones como “imperialismo” o “explotación”, describiendo la situación del país y de la ciudad caracterizada por la dependencia económica a nivel internacional y por una enorme desigualdad económico-social, que es apoyada por la “clase política”⁷.

Estas nociones son completamente exteriores al discurso de Macri (centrado en la eficacia en la gestión de los problemas de “los vecinos”) y hasta incluso de Ibarra (centrado en la defensa de “lo público” como espacio neutral amenazado por las fuerzas de “lo privado”), y encuentran ciertas dificultades para lograr un espacio común de discusión, especialmente en lo referente a propuestas de campaña. En este aspecto, Zamora encontró un límite a su discurso para llegar a lo que se podría denominar sus paradesinatarios (que, como veremos, son en realidad los electores del resto de los partidos de izquierda y, en una medida mucho menor, ciertos sectores del electorado de Ibarra).

Zamora, al igual que Bullrich pero en sentido contrario, apunta las críticas con mayor dureza contra Ibarra que contra Macri, tratando de mostrar que el actual Jefe de Gobierno es una falsa opción al presidente de Boca Jrs. En este sentido, podría interpretarse que el paradesinatario del discurso de Zamora es el electorado de Ibarra. Sin embargo, por las razones antes expuestas, al dirigente de izquierda le es muy difícil construir su imagen como la de un posible gobernante, al cerrar sus argumentos a cierto universo discursivo algo restringido en relación con los demás candidatos y con ciertos temas de la agenda política vinculados con la capacidad de gestión.

De esta forma, para el electorado de Ibarra, Zamora logró su objetivo de construir la figura de un político *honesto* (hasta el propio Ibarra, de cara a la segunda vuelta, afirmó que Zamora era “una opción de honestidad”), pero quedó atrapado en el lugar de un mero “denunciante”, muy atractivo para cargos legislativos pero dudoso como opción para cargos ejecutivos, con lo cual perdió la pelea en el espacio que se podría denominar de centro y centro izquierda. El espacio que sí logró hegemonizar Zamora fue el de la izquierda, presentándose como la opción más viable para introducir en la discusión

⁷ “Bush le quiere imponer al mundo y a nuestra ciudad sus políticas (...). Ibarra es el gerente y Macri es el dueño” (Luis Zamora, 13/08/03).

política ciertos temas excluidos de la agenda (en especial las banderas del asambleísmo), precisamente por esta misma exterioridad que le impidió llegar con eficacia al electorado ibarrista.

En conclusión, si bien Zamora encontró sus límites para hegemonizar ciertos sectores del electorado, alcanzó su objetivo de hegemonizar cierto espacio y llevar a la izquierda al tercer lugar en las preferencias porteñas, así como también pudo evitar la polarización de la elección y ganar cargos legislativos. Este objetivo se logró sobre la base de la honestidad de la figura de Zamora, apelando, por supuesto, a la identificación de Macri e Ibarra *con la corrupción*. Para ello, Zamora tuvo que definir la corrupción de la “vieja política” de los años noventa como el nexo entre ciertos actores políticos con los grandes grupos económicos nacionales y de las potencias extranjeras⁸.

Conclusiones

El presente estudio planteó estudiar los principales lineamientos de la campaña 2003 por el Gobierno de Buenos Aires. En este sentido, se procedió en primer lugar a describir tanto la composición de la oferta electoral como la respuesta del electorado en los comicios.

Dentro del primer conjunto de cuestiones se señaló el personalismo, la fragmentación de las fuerzas políticas más institucionalizadas y la transversalidad en la constitución de las listas. Dichas características se relacionaron con la lógica nacional, que demostraba los mismos aspectos en las elecciones presidenciales de abril. De este modo, se analizó la constitución del juego de alianzas entre los referentes nacionales y los candidatos porteños, donde se canjeaban recursos organizativos y apoyos en la escena pública a cambio de nominaciones legislativas. Esta situación también generó movimientos inversos, por los cuales ciertos candidatos preferían alejarse de los referentes nacionales más cercanos (tal es el caso de Macri con Menem o incluso con Duhalde). Tales cuestiones indican que esta relación entre líderes de diversos niveles, al no sostenerse en fuerzas políticas instituidas, resultaba bastante problemática y requería ser construida y reafirmada (o corregida) a cada paso.

⁸ “Ibarra es un mentiroso, él sabe perfectamente que hemos denunciado la renegociación de la deuda porque ha causado un grave perjuicio a los porteños. (...) la deuda externa de la ciudad quizá les haya quitado cinco o seis hospitales de alta complejidad a la Ciudad nos Aires, y cuántos aumentos de sueldos, préstamos personales para construir viviendas (...) esto se debió a un negociado de Ibarra que será investigado” (Luis Zamora, 11/08/03).

Pero el estudio propuso avanzar más allá y analizar los discursos de campaña de los principales candidatos, y postuló así la presencia de la figura de *corrupto* como componente importante de sus estrategias. En ese sentido, se argumentó que la noción de *corrupto* se convirtió en el espacio público en un *significante vacío*, al cual cada actor político significaba de diversa manera, con el objetivo de lograr en el electorado la identificación más conveniente para ganar la elección.

De esta forma, se observó la identidad entre *corrupto* y *menemista*, que también presenta una interesante relación entre *pasado* y *Menem*. También se estudió la relación entre el manejo corrupto de la política con la gestión de los bienes públicos en beneficio privado, lo que llevó a ampliar la idea del “funcionario coimero” para extenderla hacia los beneficiarios particulares de *la corrupción*. Ligado a esta concepción se examinó el discurso de la izquierda, representado en Luis Zamora, quien identifica necesariamente a estos intereses privados con el capital concentrado nacional y extranjero, haciendo hincapié en la raíz estructural de la corrupción. Por último se analizó el argumento más “antipolítico” que relaciona a la política con la buena gestión y a la corrupción con la ineficiencia, destacando “la estafa” que constituyen las promesas de campaña no cumplidas, ligando éstas a la búsqueda del beneficio personal del político en el ejercicio del cargo público, llegando a la conclusión de que todo político es definible por esta estafa en la formulación de la existencia de una “clase política”.

Estos argumentos han sido contextualizados en ciertas tendencias generales del discurso político argentino de la década del noventa. En dicha presentación se señaló la ruptura que significó el 19 y 20 de diciembre de 2001 en la dinámica política argentina y la consecuente ampliación y rearticulación del campo discursivo. En esta línea, se afirmó que la continuidad de la noción de corrupción en el discurso político pudo lograrse a condición de reinsertarse en un nuevo (en términos del discurso político de 1995 para acá, recurrente si analizamos el discurso político argentino de buena parte del siglo XX) *significante vacío*, la idea de *pasado* en la política. La lucha alrededor de este *significante* nace de la caída del gobierno de la Alianza y rearticula al resto de los elementos que siguen presentes en la discusión política, tanto a nivel nacional como de la campaña porteña.

El uso de este *significante* fue el mayor recurso de Aníbal Ibarra para apelar al electorado desde una posición de “político honesto” y diferenciarse, así, de su principal opositor en la segunda vuelta. El intento de Macri por centrar la discusión en problemas de gestión local le permitió sumar una importante cantidad de votos en la primera vuelta, pero finalmente no fue exitoso. Sin

embargo, ambos candidatos fallaron en su intento de polarizar la elección en la primera vuelta, dejándole un margen de más de un 20% a Zamora y a Bullrich, quienes lograron su objetivo de constituirse en referentes del distrito y sumar la mayor cantidad posible de escaños.

Bibliografía

- Cheresky, I., y Blanquer, J. M. (comp.) (2003): *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Cheresky, I., y Blanquer, J. M. (comp.) (2004): *¿Qué cambió de la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Cheresky, I. (2004): "De la crisis de representación al liderazgo presidencialista. Alcances y límites de la salida electoral de 2003", en Cheresky, I., y Pousadela, I. (editores), *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Buenos Aires, Biblos.
- Cherny, N., y Natanson, J. (2004): "Personalismo, localismo y transversalidad: un análisis de las elecciones locales de 2003 en la Ciudad de Buenos Aires", en Cheresky, I., y Pousadela, I. (editores), *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Buenos Aires, Biblos.
- Laclau, E. (1990): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Laclau, E. (1996): *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- Lefort, C. (1990): "La cuestión de la democracia", en *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Manin, B. (1993): "Metamorfosis de la representación", en Mario do Santos (coord.) *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Novaro, M. (2000): *Representación y Liderazgo en las democracias contemporáneas*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Novaro, M., y Palermo, V. (1998): *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas del FREPASO y de la Alianza*, Buenos Aires, Losada.
- Pitkin, H. (1985): *El concepto de representación*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Thompson, J. (1998): *Los media y la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Touraine, A. (1998): "Comunicación política y crisis de la representatividad", en Ferry, J. M., y Wolton, D. *et. al.*, *El nuevo espacio público*, Barcelona, Gedisa.
- Verón, E. (1997): *Semiosis de lo ideológico y del poder*, Buenos Aires, Eudeba.
- Wolton, D. (1998): "Las contradicciones de la comunicación política", en Gauthier, G.; Gosselin, A., y Mouchon, J. (comps.), *Comunicación y política*, Barcelona, Gedisa.

ANEXO I

Resultados electorales de la primera vuelta

Partidos	Jefe de Gobierno	Diputado Nacional	Legisladores porteños
Compromiso para el Cambio Frente de la Esperanza Movimiento Generacional Porteño Alianza de Centro	36,4% (Macri)	34,7% (Vanossi)	10,4% (Michetti) 12,2% (De Estrada) 8,1% (Mercado) 5,5% (Lynch)
Fuerza Porteña Part. de la Ciudad Part. de la Rev. Democrática	32,5% (Ibarra)	13,5% (Lozano) 10,2% (Giúdice) 8,9% (Bonasso)	13,8% (Laporta) 10,2% (Giorno) 7,4% (Kravetz)
Autodeterminación y Libertad	12,3% (Zamora)	12% (De Brasi)	12,5% (Oliveto)
Unión para Recrear Bs. As.	9,8% (Bullrich)	9,9% (Martín)	9,9% (San Martino)
UCR	1,9% (Caram)	3,3%	2,2%
Otros	5,3%	6,9%	8,2%
Blanco / nulo	2,9%	4,1%	4,1%

Electores habilitados: 2.597.993. Votantes: 1.779.562 (69,83%).

Fuente: Ministerio del Interior. Dirección Nacional Electoral.

ANEXO II

Elecciones Jefe de Gobierno

Candidatos	Primera vuelta	Segunda vuelta
Macri	639.497 (36,44%)	806.389 (46,5%)
Ibarra	582.138 (32,5%)	926.155 (53,5%)
Zamora	212.637 (12,3%)	
Bullrich	170.023 (9,8%)	
Caram	33.038 (1,9%)	
Otros	91.052 (5,3%)	
Positivos	1.728.385 (96,9%)	1.732.544 (94,7%)
Blanco	37.124 (2,1%)	50.655 (2,8%)
Nulo	14.053 (0,8%)	41.960 (2,3%)
Total	1.779.562	1.825.159

Electores habilitados: 2.598.993.

Votantes: Primera vuelta: 1.779.562 (69,83%). Segunda Vuelta: 1.825.159 (70,25%).

Fuente: Ministerio del Interior. Dirección Nacional Electoral.

ACEPTADO: 27 DE ABRIL DE 2005.